

Cuadragésimo aniversario de la dedicación del templo parroquial de san José obrero

6 DE MAYO DE 2019 — ALOCUCIÓN AL INICIO DE LA EUCARISTÍA
PRESIDIDA POR D. JOSÉ RICO PAVÉS, OBISPO AUXILIAR DE GETAFE

Muy querido don José, y queridos hermanos:

Corría el año 1979, y la constitución de nuestro país acababa de nacer, aprobada en referéndum por una mayoría grande de españoles, que se abrían a un nuevo régimen político. El pequeño pueblo de Móstoles, minúsculo desde los tiempos de Felipe II en el s.XVI, y engrandecido como villa, por la gesta de su alcalde —don Andrés Torrejón— que en mayo de 1808 encabezó el alzamiento de España contra la invasión francesa, se convertía, durante el último tercio del siglo XX, en una ciudad dormitorio del cinturón sur de Madrid, que crecía demográficamente de forma rápida y desbordante. La parroquia madre, Ntra. Sra. de la Asunción, se había quedado pequeña, y resultaba urgente la creación de nuevas parroquias que pudieran atender la expansión de la que ha llegado a convertirse, en la actualidad, en la ciudad más grande de la provincia de Madrid, después de la capital.

Era domingo aquel 6 de mayo de hace hoy cuarenta años. San José obrero vivía ya el noveno de su propia existencia, y sus feligreses, al fin, podían disfrutar de un lugar donde reunirse, para celebrar semanal y diariamente su fe. D. José Veiga, su primer párroco, que tanto había trabajado por la construcción de este templo, ya había sido llamado a la Casa del Padre. Concelebraba entonces, como nuevo párroco, D. Fructuoso Antolín, y presidía la eucaristía para la dedicación, el que entonces era nuestro obispo: el Emmo. y Rvdm. Sr. Cardenal de Madrid, D. Vicente Enrique y Tarancón.

Las piedras (o más bien los ladrillos) de entonces se conservan en lo fundamental, aunque el templo se haya visto ciertamente renovado y enriquecido, y todo el complejo parroquial haya crecido a lo alto con nuevas salas celebrativas y catequéticas. Sus paredes conservan aún los signos preciosos de la cruz que —junto con el crisma— consagraron esta estancia para la gloria de Dios, bajo el cuidado de san José. Pero lo más hermoso es ver vuestros rostros, queridos hermanos: auténticas piedras vivas que os habéis dejado consolidar, construir y aunar sobre Jesucristo y su evangelio. De vuestros bolsillos evangelizados han salido los recursos económicos para que este templo fuera levantado entonces, y agrandado y renovado en los últimos quince años. Vuestra fidelidad en el seguimiento de Cristo sigue llenando y desbordando estas paredes, dilatándolas para acoger a los nuevos hermanos que Dios decide agregar a nuestra comunidad.

Decía santa Teresa que “quiere el Señor que, aunque viene de su parte, lo agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da”. No sería de bien nacidos no ser agradecidos a los cuatro párrocos que sirvieron a nuestra parroquia hasta el año 2015: Tras D. José Veiga, vino D. Fructuoso Antolín, y después D. Ángel Monterroso. Durante casi veintisiete años regó con su vida esta parcela de la viña del Señor mi querido antecesor, D. José María Martín Ciudad. Junto a ellos, numerosos sacerdotes ejercieron su ministerio para bien nuestro a lo largo de cuatro décadas, y en este mismo lugar impartieron catequesis, predicaron la Buena Noticia, y nutrieron a nuestras familias con la vida de Cristo resucitado, que corre a través de los sacramentos. Desde hace más de cuarenta años, antes de que el templo mismo fuera construido, trabajaron como colaboradores de Dios no sólo los presbíteros, sino también los catequistas, que habéis contribuido de forma crucial a la plantación y el riego de esta comunidad de comunidades que llamamos “Parroquia San José obrero”, a la que Dios, eficazmente, ha hecho crecer en la vivencia evangélica y el testimonio de la *Caritas* con los más pobres.

Hoy Dios se goza con nosotros, hermanos. Démosle gracias por sus innumerables beneficios; sobre todo, por su inquebrantable amor y fidelidad. *Dayenú!* ¡Cuántos bienes nos ha dado el Señor! Hagamos eucaristía, celebremos la acción de gracias especialmente durante este año que hoy abrimos. De la mano del obrero de Nazaret, y de su esposa santa María, ofrezcamos nuestra alabanza al Padre, por Cristo, con Él y en Él. Pues no hay ningún modo mejor de corresponder a tanto bien como el Señor nos ha hecho.